

## LA SUPREMACIA DE LA MORAL<sup>58</sup>

“Sucesos recientes, con dramática elocuencia, nos enseñan que la atrofia de las fuerzas morales, el abandono del sentido heroico, reducen a la esclavitud aun a los pueblos de más glorioso pasado, y cómo, opuestamente, la renunciación y el sacrificio los toman capaces de salvar con honor los trances más angustiosos.”

Con estas bellas palabras se dirigía, hace un mes, el Secretario de Educación, licenciado Véjar Vázquez, a las madres y a los maestros de México, aludiendo así a la terrible lección recientemente recibida por la heroica nación francesa, que en un momento de extravío descuidó lamentablemente los valores morales.

Por fortuna para nosotros, la intelectualidad mexicana y con ella la generación que empieza ya a sustituirnos, se están dando cuenta al fin, de que por encima de todo, hay que esforzarse en mantener la primacía de la moral, si se quiere evitar que se pierdan los frutos del movimiento de reforma heroicamente iniciado en 1910 por el pueblo de México.

Poco tiempo antes de que el Secretario de Educación se expresara en los términos transcritos, otro funcionario de alta categoría e intelectual de relieve, el señor licenciado Alfonso Francisco Ramírez, Ministro de la Suprema Corte, había expresado conceptos análogos, en medio del aplauso de todos, al conmemorarse el aniversario de la fundación del Instituto de Estudios Económicos y Sociales.

Brillantísimas fueron las tesis que el señor licenciado Ramírez sustentó.

“Un mundo nuevo, animado por un espíritu de justicia, de fraternidad y de fe, habrá de surgir de los escombros del desorden moral largos años patrocinado por el liberalismo económico.”

Contra ese sistema de frío individualismo, endereza con razón el cargo de no haber podido o querido acabar “con la miseria dantesca de las masas”, por no haberles dado franco y libre acceso a la propiedad, “que es y será

58 *El Universal*, 17 de junio de 1942.

siempre no sólo la amadureza económica de la persona, sino el amparo y el sostén de todas las libertades humanas”.

Arremete en seguida, briosa y gallardamente, contra el comunismo, formulando contra él idéntica acusación: ese sistema, al igual que el de la explotación capitalista, se ha dejado inficionar por el materialismo más crudo.

Al barrer así con esas dos opuestas doctrinas, a las dos hace culpable de haber menospreciado la supremacía de los valores morales.

Y para redondear en forma decisiva su pensamiento, hace suya la frase de Charles Peguy: “La revolución social será moral, o no existirá.”

Da con esta tesis la razón a uno de los viejos revolucionarios, a mi ya citado amigo González Garza, quien en una obra reciente llega a idéntica conclusión

“Como humilde discípulo de Madero, soy partidario de un socialismo sano, es decir, ético, que no tenga por origen necesidades exclusivamente materiales, sino que nazca también y en primer término, de imperativos morales, como producto ineluctable de la convivencia social.”

Nada más cierto. Edificar reformas económicas sobre la venganza y sobre el odio y no sobre la justicia y la fraternidad; confiar esas reformas a un personal impuro, minado por la tendencia materialista hacia el placer y el lucro; es y será siempre edificar sobre arena. Los móviles de la reforma social deben ser altos y nobles para que noble y alta, sólida y duradera, resulte la obra realizada.

La reforma económica y las empresas políticas, así en lo interior como en lo internacional, deben coincidir con las normas de la moral y de la rectitud.

Con esta declaración otro joven intelectual, el licenciado Gabriel García Rojas, supo hacer culminar el torneo oratorio que en el banquete del Instituto espléndidamente se celebrara.

Nada más peligroso —dijo él— que establecer el divorcio entre la moral y la política.

Nada más propenso a desastres que separar de la moral el problema de la producción.

Este último es un problema de organización social; “pero la organización social, si no tiene como base un fundamento moral, un alto concepto de los valores, es una organización que nos llevará a la anarquía y a trasladar para más lejos una nueva guerra y más sangre derramada de nuestros hermanos”.

Es éste el momento de abrir paso a esas ideas de salud y de fuerza. Es éste el momento, y ésta la urgencia, de convertirlas en realidades.

Una civilización se desploma, en nuestros días, por haberse apartado de la moral. Preciso es que el mundo nuevo que ha de surgir de la derrota de quienes representan la idolatría de la fuerza y la sinrazón de la conquista, se funde en la libertad y en la democracia, desde luego; pero también en la justicia, en la rectitud y en el imperio de los valores morales en que la humanidad, antes de ahora, había fervorosamente creído.